Hilo musical para descuartizadores
MARC LAIDLAW



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Donny se pone a trabajar con el cemento rápido; probablemente se habrá endurecido antes de que la mayor parte de la sangre se haya congelado en las cavidades pectorales. Los pies de león de bronce del antiguo baño brillan después de su atento pulido, como la porcelana del interior, frotada tantas veces con Bon Ami que los arañazos de la esponjilla de acero aparecen en varios sitios. Brillantes paquetes de plástico negro casi llenan el lavabo.

Silba mientras trabaja, piensa, pero el cemento es tan pesado que no tiene fuerza para perder con frivolidades. Esta es la parte del trabajo que cada vez le gusta menos: cemento pegajoso, trabajo sudoroso, desagradables sonidos resbaladizos mientras la mezcla viscosa rebosa las bolsas de plástico y llena el baño hasta el borde. Allí permanece como las gachas de su madre, sin que lo toque ninguna cuchara. Puede oírla en la cocina mientras él trabaja en el garaje, con la radio perpetuamente sintonizada en una emisora de música fácil mientras ya sabes qué burbujea en una olla en el fuego y su cuchillo corta, corta, corta con un millar de filamentos. El prefiere a Bernard Herrmann (la banda sonora de Psicosis), pero ella nunca le deja poner sus discos cuando está en casa. «Demasiado molestos», dice. Si supiera lo mucho que su hilo musical le molesta a él...

-Donny, ¿has terminado ya allí arriba? La cena está lista. -Ahora mismo voy -dice él.

-¿Las manos limpias esta vez?

-Usaré Boraxo, en serio.

Entre dientes, se permite una breve maldición: Cristo.

Por supuesto, nada sale bien nunca cuando se apresura, y gracias a su madre vuelca el cubo en donde ha mezclado el cemento, y la mugre cae sobre sus oxfords. ¡Sus zapatos nuevos! Otro par para el horno, otra faena sudorosa. Es sólo una película, se dice, para relajarse. A veces mamá le hace la vida insoportable. Cierto, le da de comer, le proporciona una casa, le cose la ropa y le compra la mayoría (aunque no todas) de las cosas que quiere. El aparato de vídeo, por ejemplo, fue idea suya, pero ha tenido que comprar LMDT en secreto con sus propios ahorros. A pesar de todo lo que ella hace por él, su dieta es a veces demasiado dura para que un hijo pueda soportarlo. Comidas calientes a la misma hora todos los días, acompañadas siempre por gachas de avena («Sólo para llenarte, querido») y guarniciones de verdura en medio. Ella no cree en los postres. No le extraña que haya tenido que desarrollar escapes para su energía, sus pasatiempos secretos, sus juegos prohibidos.

Mientras se frota las manos con jabón en polvo, siente la amenaza siempre presente del descubrimiento potencial. No teme a la policía, pero si mamá descubre lo que sucede bajo su techo, bueno, entonces podría meterse en auténticos problemas...

-¡Donny, se está enfriando!

Pero todo eso es parte de la diversión. A veces desea poder decírselo; después de todo, ella es su única confidente posible. Podría aprobarlo. Por otro lado...

-Mírate las uñas -dice ella mientras él se lleva a los labios el primer bocado de ensalada. El rojo salpica el mantel.

Pensé que dijiste que te habías lavado. ¿Qué es eso?

El examina su pulgar y descubre una traicionera media luna de oscura película roja bajo la uña. Engulle la hoja de lechuga y rápidamente se escarba hasta la raíz con un diente del tenedor. La mugre sale con un sonido pastoso.

- Es sólo salsa -miente-. Pasta seca de la boca de la jarra, cuando giré la tapa...

-No hables con la boca llena.

El asiente y parte un tomate, toma otro bocado. Demasiado tarde recuerda la masa en el extremo del tenedor. Ahora es un caníbal, pero ¿qué más da?

- ¿Has decidido qué hacer con eso del trabajo?

Vuelve a asentir, deseando que ella apague la radio. Manda los payasos suena otra vez. Claro, mándalos al garaje y él se encargará de ellos: les quitará la nariz, les afeitará las pelucas rizadas, les pintará de rojo las bocas con su propia...

-Creía que te había llamado la mujer de la agencia.

El se encoge de hombros y prueba el ineludible cuenco de gachas de avena. Como de

costumbre, está demasiado dulce.

-Sólo quería saber la fecha de mi cumpleaños -dice-. Olvidé ponerla en el formulario.

-Vaya, ¿no es amable de su parte? Tal vez te encuentre un empleo. -Tal vez.

El sonríe para sí. Ella cree todo lo que le dice. La mujer de la agencia había llamado para preguntar si querría trabajar en una oficina de correos del centro, y naturalmente él había dicho que no podía hacerlo porque su madre estaba enferma y tenía que regresar a casa rápidamente para prepararle la comida y llevarla al baño y cuando llegó a esa parte, la mujer había dicho: «Lo siento, pero todos nuestros trabajos están en el distrito comercial. Tal vez debería intentar una agencia en su propio vecindario. Tal vez una especializada en trabajos manuales».

¡Uf! Fue entonces cuando colgó. Pero por él no había problema; ahora tendrían que dejarle en paz. No le gusta la idea de arriesgarse a conseguir un trabajo. Casi se había traicionado en la entrevista de la agencia, y menos mal que no fue nada.

Le habían dado impresos en los que tenía que contestar muchas preguntas personales. Se había apresurado con ellas, saltándose limpia-mente las secciones referidas al historial de trabajo. Luego había llegado a la parte con truco: las preguntas de redacción.

¿Qué haría en esta situación? Su superior en la oficina se queja de que la ha citado para dos reuniones cruciales al mismo tiempo.

El cuello le picaba por el sudor; el acondicionador de aire de la oficina le helaba. Sentía como si hubiera tragado un bocado de glutamato monosódico: latigazos en la espina dorsal, mejillas ardientes, músculos entumecidos.

Garrapateó: «Pediría disculpas».

Su supervisor comete un error en un memorándum y le echan la culpa del error. ¿Qué haría?

¿Es un hombre o una mujer?, pensó, mientras las luces fluorescentes empezaban a fluctuar. Con mucho cuidado, escribió: «Lo explicaría al supervisor de mi supervisor».

De algún lugar de las paredes o del techo de tejas de la oficina, unas dulces voces cantaron Gotas de lluvia sobre mi cabeza como si fuera un himno. Tan sinceras, tan edulcoradas.

Por tercera vez en una semana, un empleado de la sección de correos entrega sus cartas a una dirección equivocada. Le llama a su oficina y él dice que su letra es ilegible y que no puede leer el destinatario. ¿Qué hace usted?

La música de Burt Bacharach le clavaba agujas en el cerebro. Tres veces esta semana, pensó. ¡Dios, ese hilo musical!

«Le pregunto si ha visto el panorama desde mi ventana y mientras está distraído le golpeo en la cabeza con un cenicero de mármol. Entonces cierro la puerta con llave. Saco las sierras de mi maletín, esparzo el plástico en el suelo y lo corto con toda la rapidez posible, trabajando incluso en mi hora del almuerzo para acabar el trabajo. Envuelvo las piezas por separado en el plástico, las cubro con papel marrón de carnicero, escribo a máquina etiquetas con direcciones y las dejo caer en el buzón de correos».

Un anuncio de hogares de retiro le rescató de entregar semejante respuesta en los cuestionarios de la agencia. Arrugó el papel, se aferró a la mesa con las manos húmedas y preguntó si podía coger otra hoja. El secretario le miró como si fuera un mono del zoo: se sintió enorme e in-cómodo, rodeado por amables empleados.

-He cometido un error -dijo.

Tardó horas en completar el segundo impreso porque trabajó sola-mente durante las pausas de publicidad del hilo musical.

¿Y por qué se había tomado la molestia en primer lugar? Porque mamá había insistido. Ella tenía dinero, mucho dinero, pero decía que trabajar le sentaría bien. El había pasado treinta y cinco años sin trabajar; no veía razón para empezar ahora. Además, tenía su propio empleo. Algunas veces cobraba en metálico, pero las auténticas recompensas eran escasamente monetarias.

- ¿Más gachas, Donny?

-No, gracias, mamá. Estoy harto.

-Ve a verla tele. Fregaré los platos y te acompañaré más tarde. -De acuerdo, mamá.

Entra en el salón, conecta el vídeo y saca una cinta manoseada de la estantería. Está etiquetada: Los Osos Amorosos en la Tierra Sin Sentimientos, un título que pensaba que nunca interesaría a su madre cuando lo pegó al cassette. Mete la cinta en el aparato, enciende el televisor con el sonido bajo y escucha los platos en la cocina. Tiene en la mano el mando a distancia, por si acaso mamá vuelve en una mala escena.

Y en esta película, todas las escenas son malas. A menos que tuvieran un sueño febril, los Osos Amorosos nunca podrían encontrarse en una tierra tan carente de sentimientos humanos u osunos como la de la pantalla. Las imágenes brotan de su memoria, mezclándose con la luz que juega frente a sus ojos. Es sólo una película, se dice. ¿Qué tenemos aquí? ¿Secciones cortadas de carne roja, miembros cortados o troncos? No, es el sol infernal, que quema pesadamente sobre el vacío: la materia cruda de la violencia a escala cósmica. La visión le hace sentirse insignificante, aturdido. Respira despacio, entrecortadamente. La miasma de la noche empieza a asomarse en sus ojos y en la boca de su estómago, como si estuviera a punto de apagarse. Apenas puede ya ver el televisor; el volumen es tan bajo que el hilo musical de su madre anega la ominosa banda sonora. Cuerdas y sintetizadores suspiran; un coro de castrados suplica: «Por favor, señor, por favor», mientras La Matanza de Texas se entierra en sus ojos profundamente.

-Donny, ¿te apetece un poco de té helado?

Da un respingo y cambia del vídeo a la televisión. Una presentadora abre la boca, aparentemente preocupada por su bienestar.

-¿Qué era eso?

- Un anuncio de una película, mamá.

-Oh, esas cosas horribles. Juro que no sé dónde va a ir a parar este mundo.

- ¿y quién lo sabe?

A la izquierda de la cabeza de la presentadora aparecen unas letras brillantes bajo un estilizado dibujo de un inodoro cuyo borde está manchado de rojo: CARNICERO DE LAVABOS. Sube ligeramente el volumen hasta que puede oír la televisión por encima de la voz de su madre.

- el quinto en una serie de asesinatos al parecer relacionados. La policía dice que el cuerpo de otro hombre inidentificado estaba cortado en pedazos, envuelto en plástico y embebido en cemento, en el interior de cinco viejos lavabos de porcelana.

-¿Sabes que alguien le pegó fuego al perrito de Gracie? Pobrecito. Primero el veneno y ahora esto.

El noticiario cambia para ofrecer imágenes, las mismas que mostraron anoche. Se endereza para apreciar la repetición; el canal dos tiene las mejores tomas. Policías peinando una oscura zona de la bahía, entre bloques de hormigón y restos oxidados de coches viejos. La cámara en-foca cinco resplandecientes pilas de cocina blancas que se alzan como ídolos de porcelana contra el agua picada. Las gaviotas se zambullen para picotear hambrientas los lavabos. Los grifos y manivelas brillan a la luz del sol poniente, y lo mismo hace él. Un truco ambicioso, pero no tan limpios como será el baño. Los retretes habían sido una ronca parodia de un asesinato, un reclamo para llamar la atención. Pronto acabará con el material sobrante del negocio de su padre; después de un baño más, comenzará el siguiente estadio de su trabajo. Hay docenas de moldes estatuarios esperando ser llenados con su porridge casero de cemento y carne, y más que suficiente cemento en polvo para completar sus sueños para el futuro indefinido. No necesitará nunca exponerse para buscar suministros.

- He oído que otra pobre mujer fue atracada en Safeway ayer... justo en el mostrador - dice su madre.

- Continúa la búsqueda de la persona o personas responsables de los asesinatos. La policía busca información referente a un vehículo visto en la zona de la bahía el miércoles por

la noche. Un camión antiguo con paneles de madera...

Cambia rápidamente de canal, enervado, y mira a su madre para asegurarse de que no ha estado prestando atención. Ella le mira intensa-mente por encima de sus gafas bifocales.

- ¿Qué es lo que te pasa, Donny? Estás raro últimamente.

- No sé a qué te refieres, mamá.

-Ya no me hablas. Eres un extraño. Estás ensimismado todo el tiempo y nunca te veo cuando estás trabajando. ¿Qué estás haciendo fuera?

-Ya te lo dije, mamá. Es una sorpresa. No puedes saberlo.

Ella sonríe, con una expresión remilgada que le asegura que ella no presionará más, que no tema. El se levanta y le da un beso en la mejilla.

- Te quiero, mamá. ¿Por qué no te sientas y me dejas que te traiga un poco de té helado?

- ¿De verdad? Qué amable. De acuerdo, me sentaré y descansaré. Ella continúa charlando mientras él entra en la cocina, abre la nevera y saca una bandeja, encuentra dos vasos altos y los llena de cubitos. El té está en una jarra en la mesa, junto a la radio. Aquí dentro el sonido de la música es ensordecedor, pero él no se atreve a apagarlo, aunque hace que los vasos tiemblen en sus manos.

¿Quién está mirando por debajo de la escalera? Todo el mundo sabe que es...

-¡Donny!

Obliga a relajar sus dedos antes de que aplasten los vasos. Tiene los dientes apretados, hay niebla en sus ojos y miedo en su respiración. Permanece de pie en la oscuridad, tanteando un camino de vuelta a la luz. Sus manos encuentran un cajón.

-¡Donny, ven aquí!

Camina hacia la voz como una momia servil, con las piernas envara-das, llevando las bebidas; el alegre hilo musical dicta sus pasos, marca el ritmo de su corazón. Llega a la mesita de café y empieza a depositar las bebidas sólo para descubrir que no tiene las bebidas después de todo. En cada una de sus manos hay un cuchillo; no tan afilados como sus cuchillos especiales, ya que son para uso doméstico, pero suficiente para sus propósitos.

En la pantalla, de la que mamá aparta los ojos con un dedo huesudo, aparece una imagen congelada de su vídeo: un cadáver desollado en un cementerio. La Matanza de Texas. Casi deja caer los cuchillos.

--Puse los Osos Amorosos -dice ella.

Sus manos empiezan a temblar mientras el hilo musical le aprieta los hombros, empujándole a acercarse. Más.

¿No son maravillosos? -susurra-. Tanto sentimiento. Tanta atención...

-Vaya, sí -responde ella, mirando más allá de los cuchillos que casi le tocan la garganta. Ella no los ve. Le sonríe a Donny-. Pensé que podríamos verlos juntos. ¿Cómo se llama ese tipo tan guapo?

El mira a la pantalla y baja los cuchillos.

-No tiene nombre. Pero más tarde... -Coloca los cuchillos sobre la mesita, olvidado el té helado, y se sienta junto a ella-. Más tarde, conocerás a Cara de Cuero.

-¿Cara de Cuero? ¿Y es muy guapo?

-Oh, sí -dice él-. Muy, muy guapo.

-¿Y éstos son los Osos Amorosos que ves todos los días?

-Eso es -él asiente ansiosamente, sorprendido por su ceguera.

Ella tiene que ver sólo lo que quiere ver. ¿Cómo podría creer en nada más que en lo mejor para su hijo? Su primera visión del cadáver, donde había esperado ver un osito de peluche, debe haberle sacado de sus casillas. ¡Qué alivio! Significa que por fin puede ser sincero con ella: después de tantas acciones furtivas, puede contarle sus secretos y requerir su aprobación. Podrá sentirse tan orgullosa de él como si hubiera encontrado trabajo o construido una jaula para pájaros.

El vídeo se agita y las imágenes empiezan a moverse de nuevo.

-Oh, Donny, ya veo -dice ella con aguda diversión-. Me alegra tanto que estemos juntos

los dos.

-Yo también, mamá. Tengo que contarte...

Las confesiones están listas para brotar, pero ella le interrumpe.

- Fuiste tú quien envenenó al ruidoso perrito de Gracie, ¿verdad? -Su tono es reconfortante-. ¿Y le prendiste fuego?

El se sonroja, pero cuando ella le da un ligero pellizco en la rodilla, asiente tímidamente.

- Sí, mamá, y...

-No sabes lo mucho que me alivia oírlo. Y eres tú el que ha estado sacando el camión de papá por las noches, ¿verdad?

El se endereza.

- ¡Oh, no, mamá, en serio! No haría una cosa así sin pedir permiso, ya sabes que yo...

Sus ojos empiezan a oscilar.

-Entonces debo estar perdiendo la cabeza -dice en voz baja. Trata de recordar se filtra desde la cocina-. Soy tan vieja que he empezado a oír cosas.

- No, mamá, no digas eso. -Él reprime un sollozo-. De acuerdo, he estado saliendo. Me oíste. No lo haré más. Te prometo que no usaré el camión.

Esa era una mentira verdadera; tendrá que usar el otro coche a partir de ahora, ya que el camión ha sido identificado.

-Sé que es lo que has estado haciendo, Donny.

-¿Sí, mamá?

-Claro que sí. No estoy senil.

-No, mamá, eres lista como un zorro. Iba a decírtelo, de verdad..., yo...

- Calla, te conozco bien.

Ella se lleva un dedo a los labios, se levanta del sofá, se dirige al tocadiscos, saca un disco y lo coloca en el plato. El está tan excitado que ni siquiera le molesta que sea Lawrence Welk. A medida que la música dulzona llena el aire y un matadero en la televisión ilumina la habitación, ella vuelve y le besa en la frente.

- Te he oído -dice ella.

- Oh -contesta él, embarazado.

- Ahora sé sincero. Los he oído venir contigo, y los ruidos. Los haces chillar, ¿verdad? Te gustan mucho, ¿no es eso?

-¿Me gustan? -El se afloja el cuello de la camisa, se aclara la garganta-. No creerás que yo...

-Te he dicho que no me mientas, Donny -replica ella-. ¿Qué ha estado pasando en mi casa? ¿Algo sucio? ¿Algo vergonzoso?

Burbujas de negro champán flotan y se reúnen contra el techo, llenando la habitación de arriba abajo. Esa música..., el hilo musical. -Quita ese disco, mamá, por favor.

-¿Estás haciendo cosas sucias ahí arriba?

-No, mamá, no..., no es nada de eso.

-¿Cosas viles? ¿Malignas?

-¡Mamá, los mato! Eso es todo, lo juro. Los mantengo atados durante un rato y luego los corto en pedazos.

-No me mientas, Donny.

Ella le mira, moviendo un dedo al ritmo de Lawrence Welk. No hay nada más en la habitación, nada del confort de las masacres de la tele; sólo mamá y sus acusaciones, que son brutales como golpes porque son injustas. El intenta levantarse pero la música le derriba. ¿Dónde están los cuchillos? Palmotea a través del aire negro, pero las únicas hojas que ve las tiene ella en las manos.

-No me mientas.

-No, mamá, no estoy mintiendo. Por favor, no me castigues. Seré bueno.

La música es más fuerte que el asesinato. Él se retuerce en sus confusos pensamientos,

escapando en la única dirección que tiene abierta con el cuerpo paralizado, y su madre, que le espera ahí fuera, en la tierra sin sentimientos. Esto demuestra ser un callejón sin salida, pero cuando ha vuelto a la consciencia, está completamente inmovilizado. Las cuerdas le sujetan las muñecas y los tobillos. Está tumbado de lado en un frío ataúd. ¿Es esto sólo una película?, se pregunta.

-... nunca, nunca lo volverás a hacer -está diciendo su madre-. Nunca...

-No lo haré -intenta prometer, pero su boca está amordazada con una esponja de cocina.

Abre los ojos para mirar una brillante pared blanca alta como un acantilado, toda de porcelana. Mamá está de pie mirándole, tarareando una canción edulcorada que proviene de la otra habitación. El combate el hechizo del hilo musical, pero no puede luchar contra las cuerdas.

-Has sido un niño muy malo -dice-. Tengo que encargarme de que no traigas más problemas a esta casa.

Por encima del acantilado, el borde de la bañera, el de la carretilla. Sus hombres se esfuerzan por levantarlo. Cemento no, piensa. Oh, no, cemento no. Un fluido gris mana firmemente hacia su cara. Hay un enfermizo olor dulce.

-Sólo para llenarte -dice ella.

El baño reverbera con el sonido de sus esfuerzos a medida que la mezcla pastosa se extiende por sus mejillas. ¡Qué sonido tan estúpido!

Y lo último que escucha, mientras las gachas de avena sellan sus oí-dos, es puro azúcar.